# TRANSICIÓN DE GÉNERO

## DUELO Y REINTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA FAMILIAR

**Maribel Núñez Cruz**

Me llamo Maribel. Nunca me gustó mi nombre, aunque —vaya que las personas cambiamos— ahora no me disgusta y hasta le tengo cierto apego. Soy mamá de Leonardo, un joven trans. Recuerdo que, hace unos años, cuando me dijo cómo se autopercibía también agregó un: "Qué raro que de repente pasaré a formar parte de una minoría muy violentada". Él lo señaló con cierto desenfado mientras yo sentía eso que se describe como "cubetada de agua fría".

Como se sabe, el proceso de las personas trans para ser reconocidas por otras del modo en que ellas se autoidentifican, se llama transición. Y, el proceso de acompañar a la persona trans que realiza cambios para adecuarse a su nueva realidad suele denominarse transición parental o transición familiar. Cabe señalar que el rechazo hacia la persona trans es aún la reacción más común en las familias. La socióloga estadounidense Ann Travers ha señalado que son las mamás de clase media y con formación universitaria las que más se involucran en las transiciones de sus hijxs, o las que están a cargo, en el caso de infancias y adolescencias trans, de proveer los cuidados para la afirmación de género.

Mamás "privilegiadas y activistas", según Travers, son las que con más frecuencia tienen los recursos culturales y materiales para dedicarse a ello, porque "se requiere una extensa labor (principalmente materna) para reducir la precariedad de las infancias trans tanto en la convivencia con familiares y amistades, como en los ambientes *generizados* fuera del hogar"[1]. Cabe señalar que, en el caso de México, no existen datos certeros de cuántas personas trans cuentan con apoyo cuando menos de un familiar y, pese a que cada vez más personas trans cuentan con acompañamiento de alguien cercano, aún se puede plantear que la reacción más extendida es el rechazo. Entre los pocos datos al respecto, está el que arrojó una encuesta interna de la Asociación de Infancias Trans que se realizó a adolescentes trans que tienen apoyo cuando menos de una persona en la familia. El 85% respondió que contaba únicamente con el apoyo de la madre.

En principio, concuerdo con las expresiones "transición familiar o parental", en la medida en que describen el hecho de que quienes apoyamos también hemos de *trans*-itar o movernos a través del género, para re-conocer a la persona que amamos y que tiene de pronto el inédito *privilegio* de elegir su nombre (acto por demás significativo) y, de elegir su personal estilo de actuación de género.

Debo decir que para mí el cambio de nombre fue tremendo. Sentí como si me hubieran anunciado que le habían cambiado la denominación a mi país. No obstante, ahora el nombre de mi hijo me parece que le va muy bien y me gusta pronunciarlo. Y, pese a que estaba muy acostumbrada al aspecto "masculino" de quien era entonces mi "hija", recuerdo la impresión que me causó escuchar que me decía: "Mamá soy una persona trans, me siento más bien como un hombre". Ese momento se inscribió en mí como uno de los pocos en la vida en que una tiene una enorme claridad con respecto a estar frente a un parteaguas. Recuerdo pensar en ese instante: *"Ya nada volverá a ser igual"*. Y no lo fue.

El terapeuta de mi hijo le comentó que existía la posibilidad de que yo me integrara a un grupo de pares constituido por familiares de personas trans —mamás y unos pocos papás—. Este grupo de acompañamiento fue decisivo para que yo pudiera enfrentar todo lo que implicaba la transición social y la modificación de sus documentos de identidad legal. Sí, los primeros meses fueron los de la transición social, como se le llama al proceso de comentar con amistades y familiares el nuevo posicionamiento de género, y de salir a la calle con vestimenta y apariencia más acorde a su autodefinición. Mi participación en comunicar la situación a las personas con las que convivimos supuso, por un lado, el armarme de valor para exponer el asunto, y aprender conceptos básicos que me permitieran ofrecer una información básica sobre el cambio y sobre lo que solicitábamos. Por otro, había que hacer una labor muchas veces muy agotadora de contención emocional. En mi caso consistía en acompañar a mi hijo adolescente en los momentos de desánimo o en lo que él describía como oleadas de incremento de la disforia que llegaban. Por ejemplo, cuando alguien en la calle lo *malgenerizaba*[2]. También había que ocultar mis temores y tratar de infundirle seguridad en sí mismo para enfrentar la nueva escuela y me esforzaba por convencerlo de "no tener la piel tan delgada" frente a lo que viniera. Todo esto comenzó a hacer estragos en mi salud. Mi presión arterial comenzó a desequilibrarse y no podía evitar estallar en llanto cuando hablaba de cuánto extrañaba a la que había sido mi hija.

[1] Ann Travers, The transgeneration. (Estados Unidos: NY University Press, 2018), 122.

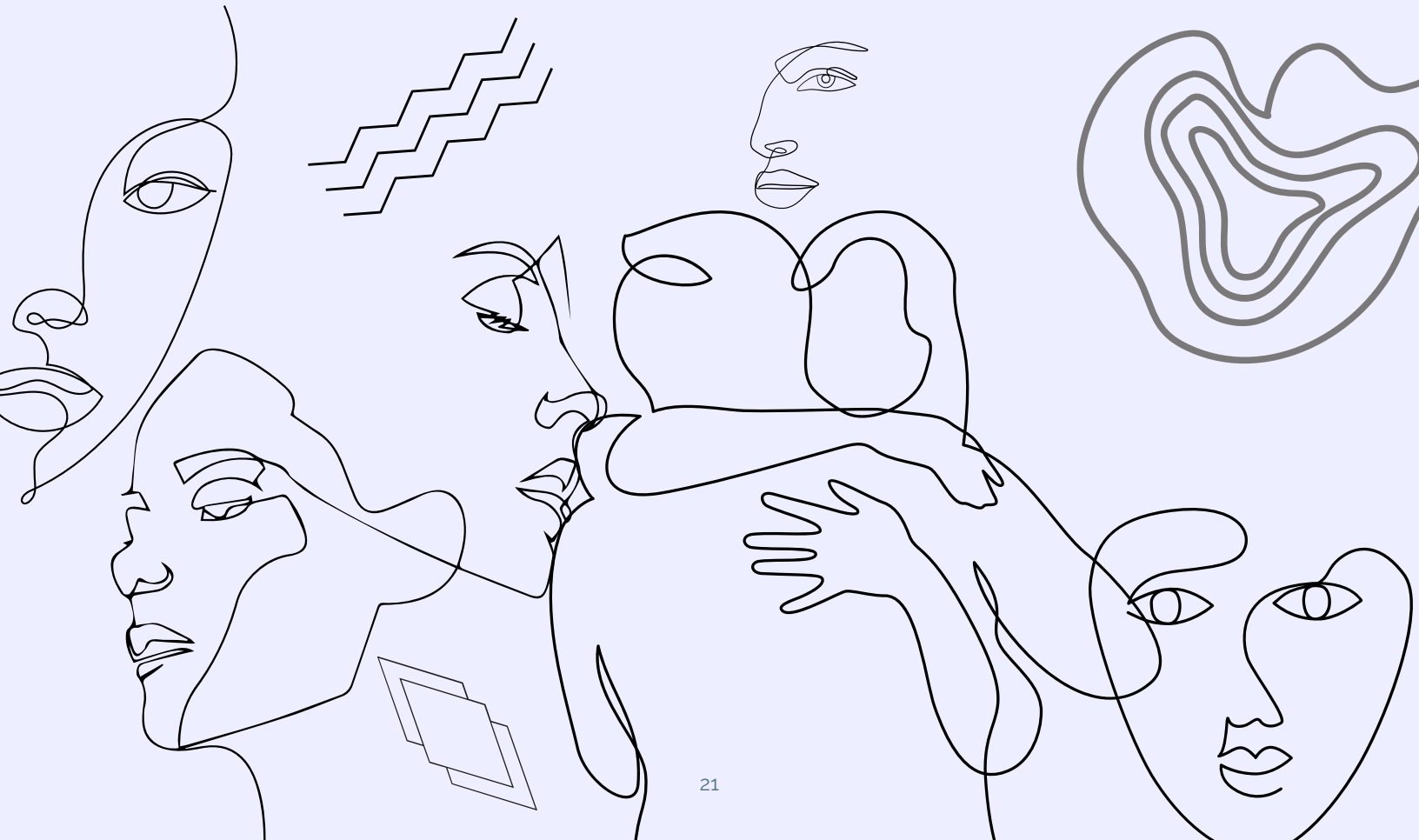
[2] Referirse a la persona trans por un pronombre con el que no se identifica.

Sé que todas las transiciones tienen sus peculiaridades. Así lo viví yo. Yo no diría exactamente que este proceso haya sido una transición para mí. Yo preferiría describirlo como un proceso de reacomodo, de resignificación o de reinterpretación. Si bien nuestra trayectoria de vida describe una espiral hermenéutica debido a que en cada etapa repensamos el pasado con los nuevos elementos que nos brinda nuestra situación presente; en este caso existía un elemento nuevo que se incorporaba y que necesariamente trastocaba radicalmente mi horizonte de interpretación.

Era como un revisitar y reordenar los recuerdos de la vida con mi hijo desde una nueva mirada. Reinterpretar las señales, las anécdotas y los malestares corporales y subjetivos, que se habían vuelto evidentes al entrar en la adolescencia y antes de hacer su transición de género. Resignificar para comprender retrospectivamente de dónde venía el sentimiento de no poder y no querer cumplir con las expectativas que se asociaban al que había sido su género asignado. Y emprender el camino de afirmación de la identidad que comenzó a asumir.

En algún momento post-transición llegué a preguntarle a mi hijo cómo es que se identificaba como hombre al mismo tiempo que rechazaba el modelo de masculinidad hegemónico. No hizo falta que él me explicara mucho para entender que su masculinidad tenía otros referentes y apelaba a otra sensibilidad que se movía más bien en los márgenes. Comprendí que siempre había sido y sería un disidente respecto a los géneros estereotipados.

En mi búsqueda de lecturas que intenté que arrojaran luz sobre lo vivido, me encontré, por supuesto, con la filósofa Judith Butler. He podido entender que pasar de asumirse como una chica a hacerlo como un chico, no es necesariamente posicionarse en el otro extremo del binarismo de género, como si eso brindara



la solución a un problema que aquejara a una persona. Parece más bien que trasladarse hacia otra posición identitaria es algo más parecido a una estrategia para abordar la complejidad de la vida desde otro lugar que le resulta mucho más cómodo y propicio, una forma de "negociar sus necesidades más elementales a través de las convenciones [*En este caso, las de la masculinidad*] […] una manera de articular un conjunto de orientaciones, deseos, de modos de aparecer frente a otro"[3]. En lo que a mí toca, debo decir que pertenezco al grupo de personas cuya estrategia ha sido el activismo, estudiar y asistir al grupo de mamás de personas trans. Esto me ha permitido reinterpretar y reinventar la relación con mi hijo, no sólo desde los cuestionamientos teóricos del esencialismo de género y del genitocentrismo, sino desde la vivencia cotidiana de lo borrosas y porosas que son las fronteras del género.

En mis esfuerzos por entender la tristeza que me embargaba los primeros meses, recordé que en mi labor como docente y socióloga había leído varios textos de Judith Butler, que se define como una persona no binaria, en los que aborda el tema muy importante sobre por qué la pérdida de algunas vidas no parece ser causa de "duelo". Entre las vidas que parece que "no cuentan", la filósofa estadounidense ha incluido a las muchas personas que murieron a inicios de la crisis del sida en los ochenta y a las que se refiere como: "pérdida de vidas que no contaban como vidas, la pérdida de amores que no contaban como amores"[4]. Entre este tipo de pérdidas que no se reconocen como pérdidas, están las de personas indocumentadas, trabajadorxs precarixs y todas aquellas que son muy vulneradas y que son blanco de distintos tipos de violencia.

Llamó mi atención en particular el artículo *El transgénero y el espíritu de la revuelta* (2010), en el que Butler se pregunta en qué sentido el transgénero entra en esa matriz de distribución desigual de la posibilidad de duelo. La filósofa estadounidense señala que, así como en los estados melancólicos en los que las personas no saben exactamente qué pérdida han experimentado, podemos pensar en todas las formas de exclusión social como precipitantes de sus propias condiciones de melancolía, incluyendo la exclusión del régimen hegemónico de género que consiste en la privación de reconocimiento de acuerdo con las normas dominantes o la sujeción a un desconocimiento sistemático[5].

[3]Judith Butler, "El transgénero y el espíritu de la revuelta" en Minerva: Revista del Círculo de Bellas Artes, No. 13, Buenos Aires, 2010, 49. Las cursivas son mías.
[4]Butler, El transgénero y el espíritu de la revuelta", 50.
[5]Butler, El transgénero y el espíritu de la revuelta", 50.

Las personas trans podrían experimentar una suerte de sentimiento de pérdida al no poder gozar de los privilegios de pertenecer a la población cisheteronormada[6]. Me parece que principalmente aquellas que pertenecen a sectores económicamente vulnerables, las personas con discapacidad o aquellas atravesadas por otros tipos de opresión, según este planteamiento. No obstante, dicha pérdida no sería ampliamente reconocida como pérdida, como algo que es causa de duelo, y dada esta falta de reconocimiento de un duelo que parece no tener legitimidad, ésta podría transformarse en autodevaluación o producir una erosión del bienestar subjetivo. Todo esto aunado al conjunto de privaciones sociales y culturales objetivas que atraviesan la vida de la población trans, y que se traducen en exclusión de los mercados laborales y acceso desigual a recursos y oportunidades. Al respecto, Butler señala que: "en unas condiciones de transfobia generalizada, lo que las personas transgénero pierden de manera repetida y tratan repetidamente de obtener es un sitio, un nombre un lugar de reconocimiento"[7].

Esta interesante reflexión de Butler sobre la distribución desigual del duelo me hace también preguntarme si acaso el sentimiento de pérdida que experimentan lxs xadres de las personas trans comparte algunas de estas características de los duelos a los que no se les reconoce dicho estatus. No pretendo afirmar que tener un/a/e integrante trans en la familia te haga pertenecer en automático a algún sector oprimido[8]. Mi interés es reflexionar sobre el sentimiento de pérdida que experimentamos lxs xadres y al que se hace referencia con cierta frecuencia en los grupos de pares.

En el grupo de transacompañamiento al que asisto con regularidad, hay un debate al respecto de si la etapa en la que unx de nuestrxs hijxs cambia de identidad de género debe ser definida o no, como un duelo. Algunas personas así lo califican y recomiendan darse tiempo de dolerse para luego sanar y superarlo. Otras personas dicen que dicho proceso no supone un duelo porque "no se ha muerto nadie" y que sólo hay que hacerse a la idea de que la persona, que habíamos criado de una manera, no cumplirá las expectativas que habíamos asociado con ella.

Es bien sabido que las vidas y las transiciones de las personas trans son muy diversas. Lo mismo he visto que ocurre con las reacciones de lxs xadres. Sostengo que yo atravesé un proceso de duelo de esos en los que lo que se pierde es muy difícil de identificar, pero que para mí no se reduce a la cancelación de un conjunto de expectativas. Y pude resolver dicho duelo al realizar simultáneamente el proceso de reinterpretación y reinvención al que he hecho referencia. Cuando logré sobreponerme al fuerte sentimiento de pérdida de la hija a quien elegí un nombre y crie, pude aceptar plenamente al hijo que ha renacido desde otro posicionamiento de género. Entonces, al sentimiento de pérdida sobreviene el de fascinación por la persona que aparece ante mis ojos y en la que, además puedo identificar al ser entrañable para mí, y también descubro a alguien que ha adquirido sorprendentes cualidades, como la de poder ser una de esas personas que encarnan la riqueza de las posibilidades de la experiencia humana y que será una de esas muchas que ya están en la primera línea de esta revolución que busca liberarnos de todas las opresiones que surgen del binarismo sexo-género. Y quizá cuando esa revolución se imponga, podremos vivir en un mundo en el que, como escuché decir a la gran activista trans Mar Cambrollé: "Se reconozca y se les devuelva a las personas trans todo el aire que les han robado".

---

[6] La cisheteronormatividad es una construcción social que presupone que la norma o estándar en la sociedad es ser cisgénero (identificarse con el género asignado al nacer) y heterosexual (experimentar atracción romántica y/o sexual hacia personas del género opuesto).

[7] Butler, El transgénero y el espíritu de la revuelta", 51.

[8] Aunque en varios estados de la unión americana como Texas, Florida o Dakota del Norte, esto es así luego de que se ha prohibido apoyar las transiciones de sus hijxs a madres y padres de infancias trans y, se ha criminalizado a médicxs y familiares que brindan cuidados afirmativos.

## SEMBLANZA

Maribel Núñez Cruz, Profesora-investigadora de la FES Acatlán, UNAM, Dra. en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Sociología por la FCPyS de la UNAM. Asisto al grupo de Transacompañamiento de la Red de Familias Trans y actualmente coordino el proyecto PAPIME- UNAM sobre Diversidad sexo-genérica y Responsabilidad Social Universitaria. Autora de varios libros y artículos.

## BIBLIOGRAFÍA:


Butler, Judith, “El transgénero y el espíritu de la revuelta” en Minerva: Revista del Círculo de Bellas Artes, No. 13, Buenos Aires, 2010, pp 47- 51.

Travers, Ann, The transgeneration. NY, University Press, USA, 2018.

“Texas castigará a familias que apoyen transición de niños y niñas trans por ‘abuso infantil’” en El financiero. 23 de febrero 2022.

“HRW: los derechos de los niños trans en Estados Unidos están ‘en peligro’” en LA Times. 02 de marzo, 2022.